Londres retirados en Bruselas. Se está lejos, evidentemente, de la corte de Viena.

En cuanto a Carlota, es completamente feliz. "La visita de Max, escribirá algunos días más tarde, ha confirmado la buena impresión que tenía de él y me ha inspirado la más grande estimación por sus cualidades. Ha sido encantador conmigo muy atento, muy obsequioso". Todo en él la encanta: sus cualidades de corazón, su amplia piedad, la conciencia muy viva que tiene de sus deberes, y también su cultura intelectual. Ella leyó su Diario de viaje y algunas de sus poesías donde se revela su alma de artista. "Veo, pues, con alegría que nuestros corazones se comprenden siempre cada vez más y veo que esta semejanza de vista y de sentimientos tienden a un mismo objetivo como la verdadera felicidad del matrimonio..."

Toda la familia comparte esta alegría. "Incluso Leopoldo", el hermano mayor, "que denigra tan fácilmente a todo el mundo y que juzga sobre todo a los príncipes con tan celosa sinceridad". Para gran sorpresa de Carlota, ha declarado: "El archiduque es un ser superior en todos los aspectos; si supiera yo alguna cosa en su disfavor, la hubiera dicho, pero no hay nada, puedes estar convencida de ello". Carlota se siente tan sobrecogida que duda en darles crédito a sus oídos.

La reina María Amelia, abuela de Carlota y tía abuela de Maximiliano, se alegra de esta alianza. "Desde hace mucho tiempo, le escribirá a su sobrino, apreciaba vuestras sólidas y nobles cualidades del corazón y del espíritu, y hacía votos por veros unido a mi bienamada nieta". En cuanto a Victoria, ha cambiado de opinión. Maximiliano se trasladó a Inglaterra para el bautizo de Beatriz, último hijo de la reina, y conquistó a ésta. "No puedo decir hasta qué punto amamos al archiduque. Es encantador, tan inteligente, tan natural, tan bueno, tan amable". Y además, posee la virtud suprema. "Es de tal manera inglés en sus sentimientos y en sus gustos". Hermoso muchacho, por otra parte, aparte de su mentón y de su boca. En suma, completamente digno de Carlota.

Por el lado Habsburgo, la archiduquesa Sofía le escribe a su futura nuera una carta "completamente maternal", que termina con "vuestra tierna madre".

Sin embargo, el archiduque se ocupa mucho de las cuestiones de interés. Está evidentemente mucho menos enamorado de Carlota, que Carlota de él. Discute la dote con aspereza. Leopoldo juzga suficiente dejarle a su hija la herencia materna y subraya que renuncia al usufructo de esta herencia que, según

la ley, debería conservar hasta la mayoría de aquélla. Añade a esto una dote de cien mil florines votada por la Cámara. No dará nada más. Pero Maximiliano que quiere más se exaspera con esta "rapacidad invencible". Las parejas principescas, dice, deben tener un tren digno de ellas, y esto causará muy mal efecto en Austria, si se sabe que el rey rehúsa dar personalmente algo a Carlota. La lucha es apretada porque Leopoldo no quiere "poner la mano en el bolsillo". Sin embargo, terminará por ceder, pero sin querer indicar la cantidad. Y se opone a que esta cantidad, cuando se conozca, figure en las actas del matrimonio. Maximiliano, a pesar de todo, está "muy orgulloso de haber al fin obligado al viejo avaro a separarse de una parte de lo que le es más querido en el mundo". Será necesario, por otra parte, volver a la carga para obtener precisiones. El archiduque envía entonces a Bruselas al barón de Gagern, encargado de esta misión poco agradable. Pero felizmente, Leopoldo no se formaliza. Tiene experiencia en estos asuntos, dice riendo, habiendo sido el yerno del rey de Inglaterra que no le ha "dejado sino deudas", y del rey de Francia, Luis Felipe, que no pasaba por generoso. A fuerza de instancias, la princesa, finalmente, recibirá de su padre veinte mil florines por año, además de su ajuar de novia, sus alhajas y la platería.

Pero, dando y dando. Según los deseos de Leopoldo, el archiduque Maximiliano tendrá una situación oficial brillante. El 28 de febrero de 1857, el emperador Francisco José designa a su hermano como gobernador de la provincia lombardoveneciana. También le ha otorgado cien mil florines a Carlota, más un regalo de bodas de treinta mil florines en el que figura un brillante famoso, único en el mundo, "el corazón sangrante", llamado así porque tiene forma de corazón y está bordeado de una línea de rubíes tallados en baguettes estrechos.

* *

El matrimonio tiene lugar el 27 de julio. Carlota está muy hermosa en su vestido de raso blanco briscado de plata, y bajo su velo, obra maestra de los encajeros belgas que cae en pliegues sobre sus espaldas y recubre una diadema de azahares entremezclados de diamantes. Maximiliano viste el gran uniforme de almirante de la marina austriaca. Ambos forman una pareja radiante de juventud y de belleza.

El matrimonio civil tiene lugar en el salón azul del palacio real de Bruselas. Lo celebra el burgomaestre, el señor de Brouckère, en presencia de la reina Amelia, que representa hoy a su hija Luisa, madre de la princesa; del príncipe Aiberto, esposo de Victoria; del archiduque Carlos Luis, y de un conjunto de príncipes y princesas. Leopoldo parece muy conmovido cuando lleva a su hija del brazo. Se dirigen en seguida a la capilla donde el cardenal arzobispo de Malinas da la bendición nupcial y pronuncia un pequeño sermón acerca del santo estado del matrimonio.

Cuando Carlota sale, ahora del brazo de su esposo, ve "alineadas a su paso a todas las personas de la casa real que siempre ha visto a sus lados durante su infancia". Experimenta entonces un momento de ternura que no trata de reprimir. Las lágrimas le suben a los ojos por la emoción, y su mirada, que va de los unos a los otros, busca a aquéllos a quienes conoce particularmente "con una mirada que, para ellos, era casi un adiós".

Ocupan todo el día el desayuno, la recepción diplomática, el gran banquete y el baile popular. "Bruselas estaba muy excitada, y el sentimiento público excelente. El tío estaba muy conmovido y entristecido por la separación inminente de su hija. Jamás lo he visto manifestar tal emoción. Ambos esposos estaban muy felices", le cuenta el príncipe Alberto a Victoria. Esta, el mismo día, le escribe al tío: "En este mismo momento se celebra el matrimonio. Se ata el nudo que liga a vuestra adorable hija a un marido realmente digno de ella. Tengo la impresión de estar yo misma con vos, puesto que mi muy querida mitad allí está..." Y la reina anuncia que toda la casa real y la marina beberán a la salud de los recién casados, los unos con vino —lujo excepcional que subraya— y los otros con grog.

A la mañana siguiente, el burgomaestre, a su vez, le ofrece una gran comida al rey y a la pareja principesca, comida seguida de una fiesta veneciana a la que asisten sesenta mil espectadores. Por la tarde, Maximiliano y Carlota dieron en carro un paseo al través de la ciudad, aclamados por una multitud en delirio

El 30, víspera de la partida, la joven ha querido visitar la tumba de su madre. Por la mañana, a las ocho y media, va acompañada de su marido a la iglesia de Laeken, y se arrodillada en la capilla donde descansa la reina Luisa. Ora con el rostro en las manos. La asedian los recuerdos, corren las lágrimas. Perdida en su meditación, pierde la noción del tiem-

po. Dulcemente, Maximiliano se la lleva. Pero en el momento de salir de la capilla, Carlota vuelve de nuevo. Irresistiblemente atraída, cae una segunda vez de rodillas cerca de la tumba. Se necesita toda la insistencia de Maximiliano para arrancarla de esta fúnebre conversación.

Unas horas más tarde, la juventud vuelve por sus derechos. Los dos esposos salen de Bruselas a las diez de la mañana en un vagón especial que rueda en dirección a Alemania.

٠.

Llegan a Bonn al final de la tarde. Viaje tranquilo y sin protocolo porque aquí casi no se les conoce. Se embarcan en el Stadt Elberfeld donde los atiende el capitán. El navío remonta el Rin hasta Maguncia y Carlota admira el paisaje. Luego, vuelven al tren. Por Wurtzbourg, Nuremberg, llegan a Ratisbona donde, por el Danubio, descenderán hasta Viena a bordo de un navío empavesado con los colores imperiales y belgas.

Al presente, a lo largo del río, las aldeas saludan al paso de la joven pareja. Se escuchan gritos de júbilo y aclamaciones. Se han levantado arcos de triunfo, y flotan alegremente banderolas y banderas. A Linz, primera ciudad austriaca, vino la archiduquesa Sofía a esperar a sus hijos. Ella, que detesta a su nuera Isabel, esposa de Francisco José, se inclina a testimoniarle afecto a Carlota. De manera que ésta se encuentra "fascinada" por su buena suegra que se muestra "muy maternal".

En la misma tarde, el 8 de agosto, los tres llegan a Viena en donde el pueblo festeja a los recién casados, los cuales poco después parten para Schoenbrunn donde deberán pasar la noche. Están allí el emperador y la emperatriz para recibirlos y la velada se pasa en familia. Francisco José, muy distante, se muestra sin embargo amable. Isabel, deslumbrante de juventud, de belleza, se muestra según su costumbre, sencilla y natural. Se charla familiarmente, se le hacen los honores del castillo a la nueva archiduquesa, la cual, de inmediato, se declara conquistada. "El emperador y la emperatriz han estado encantadores a su vez lo mismo que toda la familia, y me siento ya archiduquesa por la sangre porque a todos los quiero mucho, y desde el primer día me encontré at home en medio de ellos", le confiará pronto a la condesa de Hulst.

Durante su corta estancia en Schoenbrunn, Carlota, completamente entregada a su nueva felicidad, no se da cuenta de las disensiones, incluso de los odios, que desgarran a la familia imperial. Ignora todavía hasta qué punto puede ser cruel la tiranía de Sofía; ignora los conflictos que, desde hace cuatro años, desde al día siguiente del matrimonio, se han multiplicado entre la archiduquesa, suegra abusiva, y la joven emperatriz. No ha visto aún más que la fachada Habsburgo.

Por su parte, Maximiliano sabe a qué atenerse, y lleva a su esposa a Trieste, a una quinta que hace las delicias de Carlota. "Una verdadera alhaja, exclama, engastada en un país magnífico de clima meridional, frente a uno de los más bellos golfos del mundo. En el Norte no se tiene ninguna idea de lo que puede ser un mar verdaderamente azul..." Este mar azul, espectáculo nuevo, la encanta. "Cuando lo vi por vez primera,

me senti presa de un verdadero entusiasmo..."

El hechizo continúa en Venecia, a pesar de una travesía de las más rudas. "No hay visión más admirable que la entrada en las lagunas". Esta ciudad, todavía hoy llena de poesía, esta ciudad con un pasado lleno de recuerdos, de carácter semioriental, de calma majestuosa, estos canales, estas iglesias, estos palacios, todo la transporta de admiración. "Hay algo que atrae, seduce, fascina a tal punto, que se imagina uno haber vivido allí siempre, que se quisiera vivir allí siempre". Se embriaga de sol, no se cansa de admirar el cielo, corre a ver todos los monumentos, las iglesias "que son otras tantas galerías de cuadros, de colecciones de mármol y de mosaicos..."

Pero llega el momento de pensar en las cosas serias. Carlota está preparada para ello. Bien formada en su oficio de princesa nada de lo que es ceremonia oficial la aburre. Ve en eso el cumplimiento de sus más altos deberes, deberes de que ella tiene plena conciencia y que está ávida de llevar a cabo. Lo dice con toda franqueza, la perspectiva de la vicerrealeza lombardo-veneciana le "sonríe". Sin embargo, no lo ignora, es ésa una misión difícil. Pero para ella es "una especie de apostolado del bien que hay que emprender". Ciertamente, "siente sus espinas", pero ve allí "grandes satisfacciones y muchas buenas cosas que hacer". Asegura: "No sé si es una gracia de estado que le debo al buen Dios, pero las recepciones me divierten, y también los círculos y las comidas sin jamás abrumarme..." Esta mujer que aspira a los cargos y al boato del trono, está hecha, evidentemente, para reinar.

III

EN ITALIA

Desde Napoleón I germina la idea de la independencia. Les ha hecho entrever a los liberales italianos las posibilidad de la unidad de la península. Si, en 1815, el congreso de Viena borró la obra iniciada por el emperador, imponiendo, en el Norte, la dominación austriaca, sin embargo, no ha tenido éxito en pacificar los espíritus. Se han efectuado levantamientos en Nápoles, en el Piamonte, luego en Parma, en Módena, en los Estados de la Iglesia. Los escritores, historiadores y poetas románticos no han cesado de exaltar el sentimiento nacional que cultivan también las sociedades secretas de las que la más activa es la de los Carbonari; toma cuerpo un gran movimiento, el Risorgimento, la Resurrección.

En 1831, el genovés Mazzini lanzó la idea de la "joven Italia", cuyo programa es "Italia republicana y unitaria". En 1843, Gioberti, sacerdote filósofo y patriota ardiente, glorifica al genio italiano en su libro La primacia civil y moral de los italianos. Al año siguiente, el piamontés Balbo publica Las esperanzas de Italia: Austria debe ser arrojada más allá de los Alpes, y el Piamonte, con el apoyo de todo el pueblo italiano, llevará a cabo la obra de liberación. Finalmente, en 1846, Massimo d'Azeglio, un poeta, se convierte en caballero errante de la causa italiana, el campeón del derecho nacional y va

por dondequiera buscando apoyo.

Es el Piamonte el que, de manera concreta, centraliza esos esfuerzos, esas aspiraciones. El rey Carlos Alberto se acerca a los hombres del Risorgimento: "Cuando la ocasión se presente, mi vida, la vida de mis hijos, mis fuerzas, mis tesoros, mi ejér-